

guerra santa. Uno de nuestros cronistas en el frente de Madrid ponderaba el espectáculo sorprendente que presencié en el asalto de una trinchera roja por nuestros Regulares: uno de éstos, esgrimiendo su granada de mano, intimaba a un marxista a que se rindiera gritándole, en un castellano esquemático, pero bien expresivo: «¡Tú no estar de Mahoma! ¡Tú no estar de derechas!». Fórmula que, en verdad, sintetiza el alcance de la pasada contienda, en la cual se ventiló, para los musulmanes como para nosotros, la suerte de los más preciados valores de su religión y de la nuestra: la fe en un solo Dios remunerador y en una vida futura, cuya existencia niega el ateísmo marxista; una moral religiosa, austera y altruísta, hecha de sacrificios y abnegaciones, frente al egoísmo materialista que late bajo la falaz careta del comunismo, que si niega la propiedad individual, es tan sólo la del prójimo, y si proclama el amor libre, es para eludir las privaciones y cargas de la familia y saciar así mejor los groseros apetitos de la bestia infrahumana. Por algo decía, ya hace diez siglos, Ibn Hazm de Córdoba, en sus *Confesiones*: «Fíate del hombre religioso, aunque profese religión distinta de la tuya; pero no te fíes del hombre que carezca de religión.» Y eso justamente eran los marxistas para los marroquíes que lucharon a nuestro lado: hombres irreligiosos, o como ellos mismos los califican en su lengua: *Keláb be-lá-din*, «perros sin religión».

Lucharon además los Regulares al lado de los defensores de la civilización occidental y de la España tradicional, las cuales tanto deben a la cultura hispano-árabe, cuyo legado conservan, como nosotros, los musulmanes de Marruecos. Porque éstos, no son hermanos nuestros tan sólo bajo el aspecto religioso, sino también bajo otros vitales aspectos de la cultura humana.

La oposición entre oriente y occidente, tópico resobado hasta no hace mucho, va esfumándose ya y aún se disipa del todo, cuando se advierte que, durante la Edad Media, formóse en las tierras mediterráneas un tipo común de civilización, al ponerse en contacto con la Europa cristiana el Islam naciente; éste y aquélla habían heredado separadamente el patrimonio cultural de la ciencia, del arte y de la literatura del mundo clásico; pero el Islam gozó de un doble privilegio: primero, que la hi-